

Andanzas de un liberal queretano: Hilarión Frías y Soto

Beatriz Lucía Cano

El objetivo principal de esta investigación es presentar un panorama de la vida y obra de Hilarión Frías y Soto: un personaje de intelectual medianía en la historia literaria y política del México decimonónico. Y esta medianía es un aliado mayor para demostrar que los hombres fútiles pueden ser objeto de una biografía. La construcción de biografías con una intención exaltadora ha provocado que la mayoría de los historiadores desdeñe el género, sin percatarse de que cuando se explora la vida de una persona es posible encontrar indicios que ayuden a explicar ciertos fenómenos y comportamientos sociales. La apuesta de este trabajo es ofrecer la semblanza de Hilarión Frías y Soto, para entender la relevancia que tuvo dentro de los círculos en que se desarrolló. No pretendo ensalzar a este personaje o darle mayor importancia de la que tuvo, sino presentar una visión general de sus actividades y evaluar sus aportaciones en los ámbitos literario, histórico y político.

Para realizar el presente trabajo, recurrí a las propuestas de Robert Gittings y François Dosse.¹ Aunque ambos provienen de tradiciones historiográficas distintas, comparten ideas que

¹ Robert Gittings, *La naturaleza de la biografía*, México, INAH (Divulgación, serie Historia), 1997, pp. 14 y 80; François Dosse, *El arte de la biografía: entre historia y fic-*

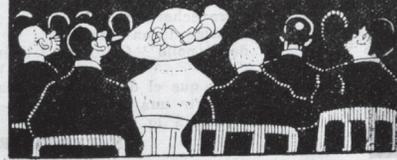
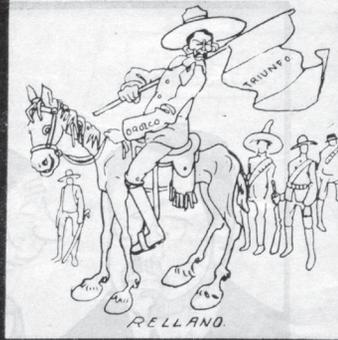
utilizamos en este estudio. Una de éstas es considerar que el género biográfico se ubica entre la realidad y la ficción, por lo que es ilógico pensar que la narración de una vida resulte exacta; lo único que un historiador puede hacer es encontrar un orden exterior convincente a los sucesos internos de un individuo. Pese a los silencios inherentes a toda biografía, trataré de presentar a un hombre que intentó dejar una huella. Sin embargo, el haber compartido la época con personalidades descomunales, tanto políticas como intelectuales, sólo le permitieron figurar de manera secundaria, sin que ello impida relatar su vida y obra, pues estoy convencida de que los hombres medianos tienen algo que decir y aportar a la historia.²

ción, México, Universidad Iberoamericana (El oficio de la historia), 2007, pp. 15, 18 y 36.

² Para desentrañar la vida de este personaje, consulté los acervos de la ciudad de México y de Querétaro. En la "levítica ciudad", examiné la Hemeroteca del estado, el Archivo General del Estado de Querétaro, la Biblioteca del Congreso del estado y el Archivo Histórico de la Casa de la Cultura Jurídica de Querétaro. En estos lugares me dieron numerosas facilidades para reproducir algunos de los materiales de difícil consulta en el Distrito Federal. Al tiempo que acudí a los fondos bibliográficos de la Universidad Autónoma de Querétaro, tuve la oportunidad de conocer a uno de los descendientes de Hilarión Frías y Soto: Ignacio Realino Frías y Camacho, quien me proporcionó datos

En el cinematógrafo

REVOLUCION
OROZQUISTA.
PELICULA
DE
GRAN DURACION.



SE SUPLICA AL PUBLICO
UN MOMENTO DE
ESPERA MIENTRAS
SE PREPARA LA
TERCERA
PARTE.



“El más insignificante de los escritores”: Hilarión Frías y Soto

En las siguientes páginas se expondrá la vida y obra de un escritor que quizá no alcanzó el brillo de otros personajes de su generación, tales como Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, José Tomás de Cuéllar, Manuel Orozco y Berra, Manuel Payno y otros más; y que, sin embargo, dejó un legado prolífero que incluye traducciones, artículos periodísticos, obras históricas y literarias. Al igual que sus contemporáneos, Hilarión tuvo la oportunidad de participar en el ámbito de la política. En su tierra natal ocupó diversos cargos públicos y fue nombrado diputado federal en varias ocasiones. En esta sección se buscará mostrar los vínculos políticos y literarios que Frías y Soto estableció en Querétaro y en la ciudad de México. Para ello, será dividida en dos partes: la primera da cuenta de la genealogía de la familia Frías, las circunstancias de vida del escritor queretano, y la segunda señala su actividad literaria y política.

De acuerdo con Vicente de P. Andrade, los primeros indicios de la familia Frías inician con el doctor Bartolomé Frías Albornoz (Talavera, 1520), quien fue uno de los primeros profesores de la Universidad de México. Los Frías se establecieron tanto en la ciudad de México como en Santiago de Querétaro. Los antecedentes históricos ubican a esta familia en las escalas superiores de la sociedad queretana. Entre los antepasados más ilustres o que pueden llegar a ser causa de orgullo, están: María Josefa Vergara y Hernández, casada con José Luis Santos Frías, considerada la gran benefactora de la ciudad de Querétaro,³ cedió sus bienes a la ciudad con la intención de que se realizaran obras

importantes para descifrar la genealogía de la familia Frías y Soto.

³ Vicente de Paula y Andrade, *Estudio genealógico de los Frías, dedicado al señor don Alberto Frías Maldonado*, México, Nueva Imprenta Mariana O. Bezinger y Co., 1912, pp. 4 y 6; John C. Super, *La vida en Querétaro durante la Colonia, 1531-1810*, trad. de Mercedes Pizarro Romero, México, FCE, p. 153.

de beneficencia pública; el monto de los bienes donados ascendía a 800 mil pesos. La posición económica y social de los Frías les permitió ocupar puestos políticos de importancia, incluso uno de ellos sería gobernador interino durante la Revolución.⁴

Algunos de los miembros de la familia Frías destacados en lo político fueron el doctor en cánones José Jiménez Frías, quien fue abogado de la Audiencia de México y del Colegio de Abogados. En 1822 Salvador Frías fue nombrado alcalde tercero constitucional propietario, además de ser uno de los primeros miembros del Tribunal Jurado. Por su parte, José Frías y Tovar fue elegido diputado al Congreso de la Unión en 1825; mientras que José María Frías fue nombrado alcalde del Ayuntamiento de la ciudad de Querétaro al año siguiente. En tanto, Esteban Frías y Tovar obtuvo el nombramiento de Juez de Letras de Querétaro a principios de 1827. En 1847 Francisco Frías y Herrera fue nombrado presidente de la Junta de Auxilio a la Patria; más tarde, en 1855, fue uno de los integrantes del Tribunal Especial.⁵ En 1857 Frías y Herre-

⁴ Martha Eugenia García Ugarte, *Breve historia de Querétaro*, México, FCE/El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas, 1999, pp. 49 y 109-112; Valentín F. Frías, *Leyendas y tradiciones queretanas*, t. III, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 1988, p. 30, véanse también de este mismo autor, *Leyendas y tradiciones...*, t. IV, 1989, p. 38, y *Leyendas y tradiciones...*, 1990, pp. 253-254.

⁵ Joseph María Zelaa e Hidalgo, *Glorias de Querétaro, en la fundación y admirables progresos de la muy i. y ven. congregación eclesiástica de presbíteros seculares de María Santísima de Guadalupe [...]*, México, Oficina de D. Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros, 1803, pp. 54 y 172; Juan Ricardo Jiménez Gómez, *El sistema de Querétaro (1531-1872)*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro/Instituto de Estudios Constitucionales del Estado de Querétaro/Universidad Autónoma de Querétaro/Miguel Ángel Porrúa, 2005 [1999], pp. 255, 298, 351, 367, 539, 542 y 656; Manuel Suárez Muñoz y Juan Ricardo Jiménez Gómez, *Constitución y sociedad en la formación del estado de Querétaro, 1825-1929*, México, FCE/Instituto de Estudios Constitucionales, 2000, pp. 302, 576 y 601; Ramón del Llano Ibáñez, *El partido católico y el primer gobernador de la Revolución en Querétaro: Carlos M. Loyola*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2005, p. 43; Ángela Moyano Pahissa (ed.), *Antología documental para la historia de la conformación política del estado de Querétaro, 1824-1845*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2005, p. 14.

ra era consejero de gobierno. Epifanio Frías fue miembro del Ayuntamiento de San Pedro de las Cañadas en 1870. También en 1887, Refugio Esquivel y Frías sería nombrado presidente de la mesa directiva del Club Porfirio Díaz, asociación en la que participaba como redactor de *La Gaceta*, una publicación del Club. En 1913 Francisco Frías fue elegido diputado al Congreso de la Unión por Querétaro. Luis Frías Hernández ocupó de manera interina el gobierno del estado en dos ocasiones: del 15 al 21 de noviembre de 1915 y del 5 al 19 de octubre de 1916.

Los Frías no sólo ocuparon cargos dentro de la esfera pública, también tuvieron una importante participación en la vida cultural queretana. En las ceremonias cívicas del 15 de septiembre era habitual que un miembro de esta familia pronunciara el discurso oficial. Uno de los impresores más afamados de la ciudad fue Francisco Frías y Herrera, quien estableció su imprenta en 1844 en la que editó *La Opinión*, *El Federalista*, *El Voto de Gracias*, *El Israelita*, *El Diario del Ejército*, *El Correo del Ejército* y *El Diablo Verde*. Además de ser el propietario del primer teatro de la ciudad llamado Teatro de la Media Luna o Coligallo, el cual se fundó en el segundo tercio del siglo XIX y se clausuró en 1880.⁶

Entre los Frías, también hubo algunos escritores, los más destacados fueron Valentín F. Frías y los hermanos Frías y Soto: Eleuterio, Luciano e Hilarión. De los últimos me ocuparé en extenso en los siguientes apartados. Valentín F. Frías, autor de *Las calles de Querétaro* y *Leyendas y tradiciones queretanas*, a través de sus crónicas, buscaba mostrar los sucesos más importantes de la antigua ciudad queretana.

En este recuento general de la familia Frías, se puede observar su relevancia en los ámbitos político, social, cultural y económico. No cabe

⁶ Ramón del Llano Ibáñez, *La Iglesia católica en Querétaro durante los años de la Reforma de 1854-1880*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2000, p. 27. El Teatro de Coligallo en realidad era una plaza que permitía llevar a cabo representaciones dramáticas y tertulias familiares. Los jueves y domingos se realizaban las funciones. Por lo general, cuando concluía una obra de teatro se presentaba un número musical para cerrar.

duda de que dejaron estampada su huella en el Querétaro decimonónico. En la presente investigación se ha dejado en un apartado especial a la familia Frías y Soto, cuna de dos hombres que brillarían con luz propia: Luciano e Hilarión.⁷

Los Frías y Soto: una familia de políticos y literatos

La genealogía de Vicente de P. Andrade no indica cuál era el lugar que correspondía a Luciano, Hilarión y Eleuterio en el orden familiar, pero otras fuentes señalan que Hilarión era el mayor de los tres, pues nació el 22 de octubre de 1831; Luciano, el 7 de enero de 1834, y Eleuterio, el 20 de febrero de 1845.⁸ En el periodo en el que nacieron los hermanos Frías, Querétaro

⁷ Alberto Trueba Urbina, *El teatro de la República. Biografía de un gran coliseo*, México, Botas, 1954, pp. 18-20, 107 y 125; Valentín Frías, *Leyendas y tradiciones...*, t. III, *op. cit.*, 1988, pp. 228-229 y 246; *Leyendas y tradiciones...*, t. IV, 1989, pp. 67 y 92; *Leyendas y tradiciones...*, 1990, pp. 9, 87, 127 y 147; *Leyendas y tradiciones...*, t. I, 1990, p. 175; Fernando Díaz Ramírez, *Historia del estado de Querétaro (1851-1867)*, t. IV, Querétaro, Ediciones del Gobierno del Estado, 1979, p. 272; José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Querétaro. Visión de mi ciudad*, Querétaro, Ediciones Provincia 1956, p. 150; Patricia Priego Ramírez y José Antonio Rodríguez, *La manera en que fuimos. Fotografía y sociedad en Querétaro, 1840-1930*, México, Dirección de Patrimonio Cultural-Secretaría de Cultura y Bienestar Social/Gobierno del Estado de Querétaro 1989, pp. 33-34.

⁸ Vicente de Paula y Andrade, *Estudio genealógico...*, *op. cit.*, pp. 9-11; Valentín Frías, *Las calles de Querétaro. Origen histórico, legendario y anecdótico de su nomenclatura. Obra enriquecida con multitud de grabados e ilustrada con notas históricas*, Querétaro, Demetrio Contreras, 1910, p. 230; Valentín Frías, *Leyendas y tradiciones...*, t. I, 1990, p. 97; Juan Ricardo Jiménez González, *El sistema de...*, *op. cit.*, pp. 298-334; Manuel Suárez Muñoz y Juan Ricardo Jiménez Gómez, *Constitución y sociedad...*, *op. cit.*, p. 596; Martha Eugenia García Ugarte, *Breve historia de...*, *op. cit.*, pp. 157, 202-204; Fernando Díaz Ramírez, *Historia del estado...*, t. III, *op. cit.*, p. 7; José Rodríguez Familiar, *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides queretanas: acontecimientos notables en la vida de Querétaro (1903-1910)*, t. IV, Querétaro, Imprenta Selesiana, 1973, p. 53, véanse también de este autor, *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides... (1870-1887)*, t. I, pp. 216-217, y *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides... (1888-1895)*, t. III; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de

experimentaba problemas políticos derivados de la inestabilidad que se vivía en todo el país. Los Frías y Soto se criaron en el seno de una familia tradicional con un padre de tendencias liberales y una madre sumamente religiosa. Los registros históricos indican que Luciano e Hilarión recibieron la instrucción primaria y el grado de bachilleres en su natal Querétaro; concluidos sus estudios fueron enviados a la ciudad de México para terminar la carrera de medicina.⁹

Luciano abandona los estudios y decide regresar a la ciudad de Querétaro para dedicarse a otras actividades. Instala una imprenta en la que se hace el tiraje de la mayor parte de la documentación oficial; además de diversas publicaciones periódicas, entre ellas *La Sombra de Arteaga*, periódico oficial del estado, y el semanario *El Constitucionalista*.¹⁰ A la par de sus labores editoriales, Luciano se dedicó a actividades políticas y literarias; era reconocido como el jefe del Partido Liberal queretano. Formó parte de la Asociación de Profesores y Profesoras del

estado. Entre 1892 y 1902, Frías fue miembro permanente del Ayuntamiento de la ciudad de Querétaro.¹¹ A invitación de su hermano Hilarión, colaboró en el periódico capitalino, *El Correo del Comercio*, con una columna llamada “Crónica Parlamentaria”, misma que apareció por primera vez el 24 de septiembre de 1872. Luciano Frías y Soto muere el año de 1902, considerado como uno de los grandes impulsores de la cultura y educación en Querétaro.

Eleuterio, otro miembro de la familia Frías y Soto, tuvo una vida corta pero intensa. En 1869 ocupó la oficialía mayor de la secretaría de gobierno.¹² En 1870, fue elegido diputado al Congreso local y en 1879, nombrado ministro del Tribunal Superior de Justicia del Estado. Al igual que sus hermanos, tuvo su veta literaria. Se decía que era un poeta “inspirado”, cuya poesía mostraba un alma talentosa. Muestra de ello eran sus composiciones “La plegaria”, “En la muerte de mi padre”, “Decepción”, “Magdalena” y “Souvenir a un amiga”. Es probable que hubiera logrado una fértil carrera literaria y política. Sin embargo, su temprana muerte el 4 de julio de 1882, cuando tenía 37 años, cortó sus aspiraciones.¹³

1888. Ángel Pola indicaba que Hilarión nació el 21 de octubre de 1836, fecha que se encontraba equivocada.

⁹ Ramón del Llano Ibáñez, *La Iglesia católica en Querétaro...*, op. cit., 2000, p. 29.

¹⁰ Fernando Díaz Ramírez, *Historia del...*, t. IV, op. cit., p. 34; Valentín Frías, *Leyenda y tradiciones...*, t. III, op. cit., p. 228; José Rodríguez Familiar, *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides...*, t. IV, op. cit., p. 145; Fernando Díaz Ramírez, *Historia del periodismo en Querétaro*, Querétaro, s.e., 1968, pp. 33-34, 48 y 91-92; Luis González y González, *Vida política en Querétaro durante el Porfiriato*, Querétaro, Fondo Editorial de Querétaro/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes/Universidad Autónoma de Querétaro, 2004, pp. 233. En 1876, Luciano adquirió la imprenta de Mariano Rodríguez Velásquez, quien se había establecido en 1860, lo que representaba el fin de la competencia, pues ya no existía nadie que hiciera mella al monopolio de la impresión. En la imprenta de Luciano salieron a la luz, entre otros periódicos, *La Guardia Nacional* y *El Camino de Tampico*, del que fungiría como director. Frías tuvo la imprenta hasta 1898, año en el que la vendió a Luis G. Frías, con lo que el monopolio de la impresión siguió en manos de una misma familia. En la imprenta de Luis se editaría *La Crisálida*, periódico en el que era director Alejandro Frías. Años después, Luis G. Frías vendió la imprenta a Josefa Lozada. Se tiene conocimiento de otras dos imprentas vinculadas a los Frías: la de Frías hermanos y la de los Talleres Frías hermanos.

¹¹ *La Pluma*, 13 de enero y 22 de septiembre de 1895; José Rodríguez Familiar, *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides...*, t. II, op. cit., pp. 20, 43-44, 61 y 137.

¹² José Rodríguez Familiar, *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides...*, t. IV, op. cit., pp. 7, 81, 88-89, 100, 133 y 135, véanse también de este autor, *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides...*, t. I (pp. 234-236, 324 y 368), t. II (pp. 187, 192, 209, 236 y 341) y t. III.

¹³ *La Sombra de Arteaga*, 10 de junio de 1869 y 14 de noviembre de 1888; José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Querétaro. Visión...*, op. cit., p. 154; Alberto Trueba Urbina, *El teatro de la...*, op. cit., pp. 136, 144, 148, 152, 156, 164 y 300-301; Fernando Díaz Ramírez, *Historia del estado...*, op. cit., t. IV, p. 278; Valentín Frías, *Leyendas y tradiciones...*, op. cit., 1990, pp. 156-157; Manuel Suárez Muñoz y Juan Ricardo Jiménez Gómez, *Constitución y sociedad...*, op. cit., pp. 257, 276 y 617; José Rodríguez Familiar, *Documentos para la historia de Querétaro. Efemérides...*, t. I, op. cit., pp. 7 y 9.

El médico de la familia: Hilarión

José Hilarión Rafael Jesús de los Dolores Frías y Soto se gradúa en la Escuela de Medicina en 1856,¹⁴ pero nunca ejerce la profesión, dedicando su vida al terreno político y literario. Unos meses después de graduarse como médico, Frías fue nombrado secretario de gobierno. Otros puestos que ocupó fueron la prefectura de San Juan del Río, y diputado y regidor del Ayuntamiento de la ciudad de México.¹⁵ Aunque desempeñó cargos de importancia, no cabe duda que lo más

¹⁴ AHFM, Fondo Escuela de Medicina y alumnos, leg. 27, exp. 10, ff. 2, 11, 12, 13 y 14, y leg. 137, exp. 40, f. 1; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Al parecer Hilarión aspiraba a ingresar a la Academia de Medicina, razón por la que en 1886 presentó la tesis *La acción del tártaro emético en la pulmonía*, la que, según Ángel Pola, no sólo resultó original, sino que revolucionó las teorías sobre este tema. No se cuenta con documentos que muestren cuál fue la resolución de la Academia, mas todo indica que su propuesta fue rechazada. El que Frías tuviera que presentar una tesis muchos años después de haberse titulado mostraba los cambios que se habían efectuado en el plan de estudios de la Escuela de Medicina, misma que estipuló en 1870 que los estudiantes debían preparar una tesis para graduarse. El reglamento indicaba que los profesores titulados fuera del país y los que no lo hubieran hecho, podían presentar una tesis de tema libre. Aunque en el segundo caso también se advertía que debían presentarse 48 horas antes del examen con el presidente y secretario de la institución, a fin de elegir una temática que había sido aprobada por una Junta de Catedráticos.

¹⁵ Hilarión Frías Soto, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editora Nacional 1967, p. 387; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881. Frías evocaba con mucho cariño su estancia en San Juan del Río, pues le recordaba una ciudad de paisaje flamenco cuyas “esbeltas” torres y casas pintadas de blanco y rojo se perdían “entre las copas de los árboles frutales”. El autor creía que esta ciudad no había logrado mejorar sus condiciones económicas por la guerra civil que acabó con su comercio y provocó que sus habitantes vivieran con miedo. Una visión totalmente distinta presentaba José Mariano Rivera, quien decía que durante la estancia de Hilarión (1881) en la jefatura de San Juan había ejercido su autoridad enérgicamente pero con ciertos rasgos patológicos. Cuando se ordenaba el pase de algún bandido a la muerte, él suspendía el acto en dos o tres ocasiones para examinar, según él, los estragos que causaba la agonía moral en la víctima y para recoger en las planchas del anfiteatro algún dato científico que agregar a sus experimentos prácticos. A decir de José Mariano Rivera, lo anterior evidenciaba el tipo de sentimiento que movía al queretano.

sobresaliente fue su labor como legislador, no sólo impulsó la ley del divorcio (1868), incluso, en dos ocasiones se desempeñó como miembro del Gran Jurado, instancia del Congreso que se encargaba de juzgar a los gobernadores que habían sobrepasado sus funciones. Durante su estancia en la Legislatura federal, el queretano propuso una ley reglamentaria del artículo tercero constitucional, en la que planteaba la obligatoriedad de la educación. Además, fue representante del estado de Hidalgo en la Cámara de Diputados, el queretano participó en el debate sobre la reforma constitucional del ejercicio de las profesiones. Frías mostró, en diversos pasajes de su vida, un gran interés por la educación, tanto en Querétaro como en la ciudad de México formuló proyectos encaminados a mejorar la calidad de la educación. Fuera del ámbito político, se dedicó a realizar actividades docentes en la Escuela Normal de Profesores, lugar en el que llegó a sustituir a Ignacio M. Altamirano en las cátedras de español, lectura y declamación.

A la par de sus actividades políticas, Frías se desempeñó como redactor de varios periódicos que, a su vez, le sirvieron de plataforma para expresar sus opiniones políticas y publicar sus producciones literarias. Desde su llegada a la ciudad de México, Hilarión tuvo contacto con los miembros de la Academia de Letrán, tiempo después perteneció al Liceo Hidalgo; situación determinante en la vida de Frías y Soto, pues gracias a ello definió su vocación como escritor. Sus primeros escritos que aparecieron en las páginas de *El Sol* y *La Revista Universal*, de acuerdo con los críticos, eran artículos de una pobreza de estilo y repletos de “incorrecciones”. Estilo que fue perfeccionando con base en el oficio, su pluma adquirió una voz propia y una madurez, que lo llevó a integrarse al grupo de escritores que colaborarían en la realización de *Los mexicanos pintados por sí mismos*, en 1854. También se incorporó a las filas del Ejército. La orden para ser admitido fue expedida por Antonio López de Santa Anna, el 2 de agosto de 1854. Hilarión se integró al primer cuerpo médico militar como primer ayudante. De esta ma-

nera, Frías formó parte del Ejército mexicano dado que se habían estipulado que sus subalternos deberían guardarle los honores de ordenanza y ser obedecido en las órdenes que diera, ya fuera por escrito o de palabra.¹⁶

En diciembre de 1867, Vicente Riva Palacio le ofreció el cargo de redactor en jefe y responsable de *La Orquesta*, periódico en el que encontró un espacio donde exponer sus opiniones sobre los asuntos públicos. Bajo su dirección, el rotativo mejoró su calidad literaria, ya que Frías invitó a colaborar a Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Manuel Payno y Florencio M. del Castillo. El queretano aprovecharía este medio para publicar sus escritos literarios, entre ellos la novela *Vulcano* y la serie de tipos populares designada *Álbum fotográfico*. A finales de 1867, se integró a la redacción del *Boletín Republicano*, la experiencia adquirida ahí lo llevó a fundar *Fra-Diávolo* (marzo de 1869) en donde redactó la mayor parte de los artículos.¹⁷ Con el cierre de *Fra-Diávolo*, Frías se incorporó a *El Semanario Ilustrado*, periódico en el que también colaboraron Alfredo Chavero, Manuel Paredo, Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto. A principios de 1871, fue redactor de *El Correo del Comercio*, periódico al que renunció el 1 de octubre de ese año.¹⁸ En 1873, el queretano centró la mayor parte de su atención a la traducción de diversas obras escritas en francés. A principios de mayo de 1874, Frías fue parte del

equipo de redacción de *El Siglo XIX*, el cual estaba integrado por Julio Zárate, José G. Pren y Ángel Domínguez. En 1880, ingresó a las filas de *El Diario del Hogar*, periódico dirigido por Filomeno Mata y en el cual colaboraron Guillermo Prieto, José Tomás de Cuéllar y Juan de Dios Peza. El médico realizó, mediante las páginas de esta publicación, críticas a las diversas instituciones que dependían del Ayuntamiento de la ciudad de México. También dio a conocer novelas cortas, que serán analizadas más adelante. A pesar de ser un hombre con diversas actividades, Hilarión se dio tiempo para ocupar la dirección de *La Independencia Médica* a partir del 15 de agosto de 1881, la publicación tenía el propósito principal de difundir trabajos científicos, dando prioridad a las noticias provenientes de la Escuela Nacional de Medicina.

Un rasgo que caracterizó a Hilarión Frías y Soto fue el no asumir la defensa de la política pública, haber sido un político y un escritor crítico de su época, que sirvió tanto a administraciones conservadoras como liberales; esto le acarreó ser denominado como alguien “arribista” que buscaba acomodarse a la circunstancias políticas del momento. Pese a sus bandazos políticos, Hilarión siempre fue un defensor del liberalismo. Encontró en la escritura el medio perfecto para propagar su postura política, ideológica y moral, a una sociedad inmersa en conflictos bélicos y sociales, y creo que su valor radicó en su espíritu crítico y revolucionario.

La actividad literaria de Hilarión Frías y Soto

Hilarión Frías y Soto consideraba la tarea del literato ardua y poco sencilla, pues debía cumplir con una función moralizante, esto es, para él la literatura no sólo tenía que entretener a los lectores, sino también dejarles enseñanzas útiles que aplicaran en su vida diaria. En este apartado veremos los vínculos que Frías y Soto tuvo, desde su juventud, con los círculos literarios de la ciudad de México y la forma en la que éstos influyeron en sus escritos; también se

¹⁶ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSDN), Dirección de Archivos e Historias, Archivo Cancelado, Hilarión Frías y Soto, caja 142D/III/4/2280, ff. 1-3. El sueldo asignado a Hilarión fue de 75 pesos siete reales y ocho granos.

¹⁷ *La Sombra de Arteaga*, 5 de enero de 1868, 4 de abril de 1869 y 4 de noviembre de 1880; Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano, 1890-1910. (Memorias.)*, estudio introductorio y edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México, UNAM, p. 351.

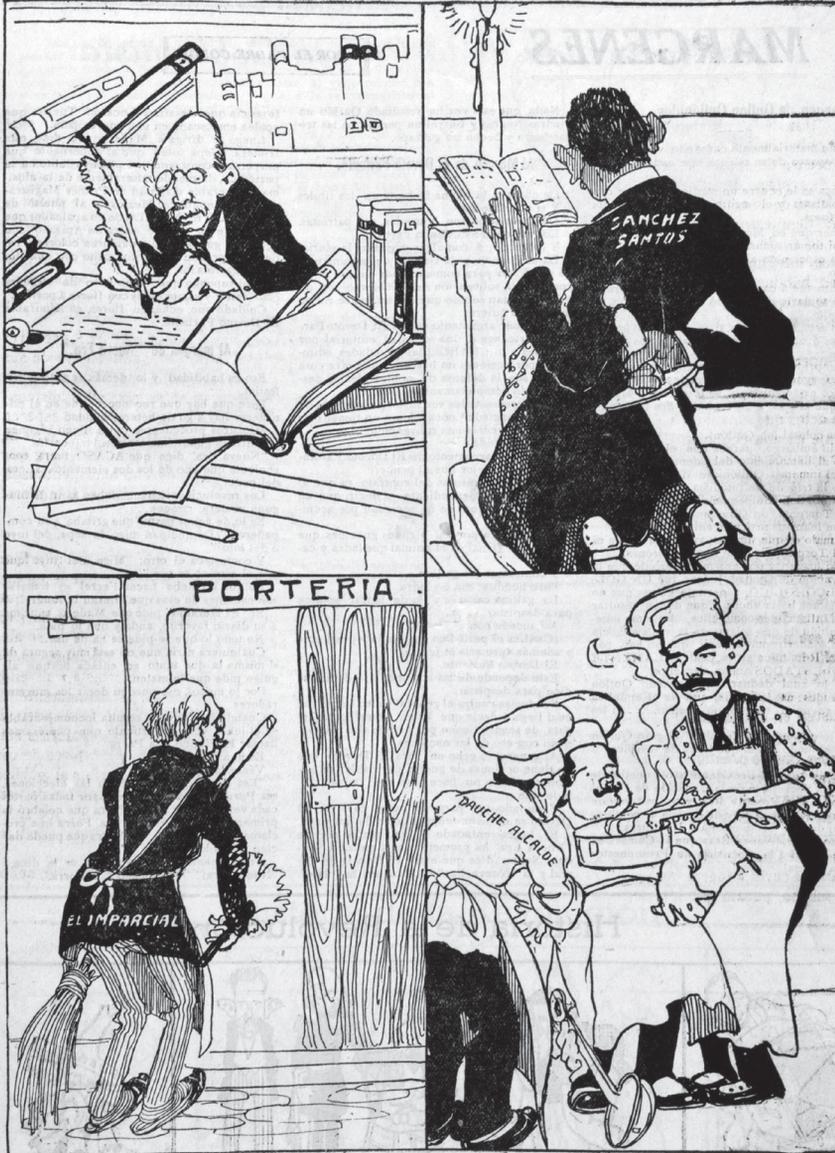
Los redactores de *La Sombra* alababan la aparición de *Fra-Diávolo*, pues conocían el talento e instrucción de un literato de “bien cortada pluma”. La denominación del periódico provocó que “el vulgo” pensara que Hilarión tenía un pacto con el diablo. De hecho, tanto *El Centinela Español* como Ceballos le prodigaban adjetivos despectivos como “médico demoníaco”, “diablo viejo” o sólo “diablo”.

¹⁸ *La Independencia Médica*, 1 de mayo de 1882.

El Edificio de la Prensa Nacional

"La Prensa" en la Biblioteca

"El País" en el Oratorio



"El Imparcial" en la Portería

"Nueva Era" en la cocina

analizarán sus retratos costumbristas reunidos en *Los mexicanos pintados por sí mismos y Álbum fotográfico*.

Su ingreso al Colegio de Medicina, que en ese momento se encontraba ubicado en el Colegio de San Juan de Letrán, fue determinante para que el joven queretano lograra relacionarse con el grupo literario que se reunía entorno a la Academia de Letrán. La participación de Frías en la Academia marcó su posición frente a la literatura. En dicha asociación se buscaba delinear las características de un proyecto nacionalista fundado en el redescubrimiento de México. Su posterior integración a las filas del Liceo Hidalgo reforzaría la idea que tenía de la literatura, pues dicha agrupación hacía hincapié en que la literatura era un espejo de la sociedad y cuya finalidad no radicaba sólo en conmover el corazón, sino también en persuadir el entendimiento a través de la generalización de los principios de virtud y civilización entre la mayoría de los ciudadanos.¹⁹

Entre noviembre de 1867 y abril de 1868, el queretano asistió a las veladas literarias organizadas, por el poeta Luis Gonzaga Ortiz, reuniones donde se daban cita los miembros de las dos más importantes asociaciones literarias como lo fueron La Academia de Letrán y El Liceo Hidalgo. En 1872, Hilarión fue nombrado socio honorario de la Sociedad Literaria “La Concordia”,

¹⁹ Alicia Perales Ojeda, *Las asociaciones literarias mexicanas*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas (Ida y regreso al siglo XIX), 2000, pp. 29-30 y 35-36; María Luna Agustín, “La escritura de la historia y la tradición retórica, 1834-1885”, en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, UAM-Azcapotzalco/CONACyT (Cuadernos de debate, 3), 2004, pp. 36-37; Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la literatura mexicana. Realismo y costumbrismo*, México, SEP, 1982, p. 44; Fernando Ocaranza, *Historia de la medicina en México*, México, Laboratorios Midy, 1934, p. 157; Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, FCE (Popular), 1989, p. 137; Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Porrúa (Sepan cuantos, 44), 1981, p. 140; Sara Sefchovich, *México país de ideas, país de novelas (una sociología de la literatura mexicana)*, México, UNAM, 1987, p. 38; Emmanuel Carballo, *Reflexiones sobre literatura mexicana, siglo XIX*, México, ISSSTE, 1999, p. 40; Ángel Muñoz Fernández, *Los muchachos de Letrán: José María Lacunza; estudio y recopilación*, México, Factoría Ediciones, 1997, p. 14.

editora de la revista *La Esperanza*, cuya finalidad era dar a conocer los trabajos de los jóvenes literatos. A su paso por estas asociaciones literarias, Hilarión logró entablar amistad con los escritores y pensadores más sobresalientes de la época como Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Manuel Payno, Ignacio M. Altamirano, José María Rivera, Luis Gonzaga Ortiz, Manuel Peredo, Ignacio Ramírez, Ignacio Rodríguez Galván y Vicente Riva Palacio, por nombrar algunos.

Hilarión Frías y Soto fue un escritor prolífico, pues lo mismo escribía poesía que hacía traducciones, crítica literaria, novela y cuadros de costumbres o redactaba artículos para los periódicos en los que se empleaba como redactor. Sus primeros poemas datan de cuando tenía 19 y 20 años, Frías publicó sus primeros poemas en *El Siglo XIX*.²⁰ Estas primeras creaciones literarias reflejaban a un hombre lleno de fe y esperanza en el futuro. La poesía de Frías y Soto era de tono intimista y panegirista. Aunque la producción lírica del queretano no fue muy amplia, sus obras merecieron el elogio de figuras como Juan de Dios Peza, quien consideraba que era un “poeta inspirado” y un “escritor elegante”.

Una de las facetas desconocidas de Hilarión es su labor como traductor de textos de autores franceses o que fueron traducidos a esa lengua. La novela *La sultana de las flores*, de Marc Fourier, se convirtió en su primera traducción y se publicó en *La Orquesta* (1862). En 1870, Frías traduciría *Elevación y caída del emperador Maximiliano* de Emilé de Kèratry. Tres años después, en *La enseñanza*, aparecieron cuatro traducciones suyas: la de *La Tierra y los mares*, de Luis Figuier; la *Historia de un acuario y de sus habitantes*, de Ernesto Van Bruyssel; *Viaje al fondo del mar*, de J. de la Blanchère y *Aventuras de un joven naturalista*, de Lucien Biart. Hilarión señalaba que el papel del traductor era

²⁰ *El Siglo XIX*, 6 y 7 de marzo de 1850; *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Según Ángel Pola, Hilarión compuso sus primeros versos a la edad de 12 años, mas éstos resultaron “malos” debido a que “eran una secreción de actos reflejos”, lo que llevó a éste a afirmar más tarde que “la poesía no es más que una cosa fisiológica”, postura que denotaba su naturalismo.

significativo, ya que tenía que reelaborar el texto, volverlo accesible a los nuevos lectores de otras lenguas, sin que este perdiera su esencia.²¹

El género costumbrista reunía las características del tipo de literatura que los escritores de la segunda mitad del XIX pretendían elaborar; una literatura nacional que se apartara de los modelos extranjeros. Reflejaba las necesidades de las naciones de expresar su individualidad y reafirmar su identidad. Los costumbristas buscaban rescatar a los personajes pintorescos para convertirlos en los representantes de determinados sectores sociales.²² Emmanuel Carballo considera a Guillermo Prieto (*Fidel*), José Tomás de Cuéllar (*Facundo*), Francisco Zarco (*Fortún*), Ángel de Campo (*Micrós*) e Hilarión Frías y Soto (*Safir*), como las cinco personalidades que sobresalieron en la escritura de artículos costumbristas. Con el manejo de estrategias retóricas, como la sátira y la ironía, los costumbristas mexicanos buscaban exagerar las fallas y con ello, lograr introducir con mayor fuerza sus ideas renovadoras. La atención prestada a las clases bajas

propició que este movimiento se identificara con los pobres.²³

A continuación, se abordará la producción del último de los costumbristas identificado por “Carballo”: Hilarión Frías y Soto. Los primeros cuadros de costumbres de Frías formaron parte de la obra colectiva intitulada *Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales* (1854). Ésta se conformaba de una serie de artículos que retratan los personajes típicos de la sociedad mexicana decimonónica. Hilarión contribuyó con los cuadros de cinco tipos: “El aguador”, “El cochero”, “La costurera”, “El poetaastro” y “La lavandera”. Frías y Soto, en 1868, retoma la descripción de tipos populares en una serie que publicó en *La Orquesta*, entre el 15 de febrero y el 9 de mayo, con el nombre de *Álbum fotográfico*. Veinte tipos entre los que sobresalen: “La traviata”, “La viuda”, “El mendigo”, “El billetero”, “El estudiante”, “El empleado”, “El cura del pueblo”, “La lavandera”, “La colegiala” y “El peluquero”.²⁴ Diversos autores han coincidido en que, pese al intento de los retratos costumbristas de salva-

²¹ *La Orquesta*, 22 de septiembre de 1862. Esta nota reflejaba una situación propia de los traductores: la imposibilidad de realizar una traducción total que reproduzca el sentido del texto original, puesto que el paso de una lengua a otra se encuentra lleno de obstáculos; esto no significa la imposibilidad de lograr un buen trabajo. Aunque la traducción literal es respetable, se debe privilegiar aquellas que vuelven comprensible el texto sin traicionar la intención comunicativa del autor. Así, la traducción se presenta como un componente básico en la difusión de la cultura, y los traductores se convierten en elementos imprescindibles de la comunicación humana.

²² María Esther Pérez-Salas, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas (Monografías de arte, 29), 2005, pp. 17, 22 y 24-25; Mario Calderón, “La novela costumbrista mexicana”, en Belem Clark y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico, I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM (Ida y vuelta al siglo XIX), 2005, pp. 315-316; John Brushwood, *La barbarie elegante. Ensayos y experiencias en torno a algunas novelas hispanoamericanas del siglo XIX*, México, FCE (Tierra firme), 1988, pp. 17 y 20; Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas...*, op. cit., pp. 97-98, 109-110, 114 y 171; Cristina Barros y Arturo Souto, *Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo*, México, ANUIES, 1976, p. 55.

²³ Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas...*, op. cit., p. 114; Rubén Salazar Mallen, *Tres temas de literatura mexicana*, México, S. E., 1947, pp. 63 y 78; Arqueles Vela, *Fundamentos de la literatura mexicana*, México, Patria, 1953, pp. 82-83; John Brushwood, *La barbarie elegante. Ensayos...*, op. cit., pp. 16, 22 y 25, del mismo autor, *The Romantic novel in Mexico*, disertación doctoral, Nueva York, Columbia University, 1950, pp. 139-140 y 150; Sara Sefchovich, *México país de ideas...*, op. cit., pp. 26 y 33; Carlos González Peña, *Novelas y novelistas mexicanos*, México, UNAM/Universidad de Colima, 1987, p. 102; Juan de Dios Peza, *Poetas y escritores modernos mexicanos*, México, SEP-Subsecretaría de Asuntos Culturales/El libro y el pueblo, 1965, p. 32.

²⁴ *El Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1888. Ángel Pola indica en la nota biográfica de Frías que éste fue el autor de “El cura”, “La lavandera” y “El estudiante de medicina”. El dato era erróneo; para esta colección sólo escribió “La lavandera” y los otros pertenecían a su segunda colección de tipos, motivo por el cual también resulta falsa su aseveración respecto a que los tres escritos anteriores fueron recogidos por la policía, pues se consideraban sediciosos y habían alarmado al mismo Santa Anna. Cuando el jefe de policía Juan Lagarde salió a aprehender al autor de los textos, se dieron cuenta que era un joven escritor; por esta razón el ministro de gobernación, Ignacio Aguilar y Marochó, decidió retirar la orden de prisión.

guardar los tipos populares que se perdían con los cambios experimentados por la sociedad decimonónica, también tenían la finalidad de educar al pueblo al enlazar las virtudes del trabajo con la censura de los vicios. Así, las colecciones de tipos se convirtieron al mismo tiempo en compendios de educación moral y sentimental. Junto a la “actitud paternalista” con la que se describía a los otros, se percibía el desprecio que manifestaban a su ignorancia y atraso. De igual manera, este doble punto de vista sería reproducido en la descripción de tipos del queretano, quien aplaudía a los virtuosos, pero también tenía palabras de desprecio contra los disolutos.²⁵

Frías y Soto describió 24 tipos populares: trece del sexo masculino y once del femenino, con dimensiones variables. En las páginas siguientes, se estudiarán las dos series de tipos populares de manera conjunta; se separarán los tipos masculinos de los femeninos, a fin de entender el concepto del autor sobre cada género y grupo social. La atención de Hilarión, tanto en hombres como en mujeres, se centró en la clase baja y media baja.

Los tipos masculinos

Sus retratos masculinos se pueden reunir en cinco grupos: los marginales (“El bandido”, “El mendigo”, “El pilluelo” y “El billettero”), los incomprendidos (“El empleado” y “El estudiante”), los trabajadores (“El peluquero”, “El aguador” y “El cochero”), los literatos (“El poeta” y “El poetastro”) y los religiosos (“El sacristán” y “El cura”).

²⁵ Guadalupe Ríos de la Torre, “La idea de la mujer a través de la prensa porfiriana”, en Celia del Palacio (coord.), *La prensa como fuente para la historia*, México, Miguel Ángel Porrúa/Universidad de Guadalajara/CONACYT, 2006, p. 134; Rosa Beltrán, “Presentación”, en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, Dirección General de Publicaciones-Conaculta (Clásicos para hoy, 18), 1993 [1885], pp. 9-11.

Los marginales

Hilarión hace el cuadro de “el bandido”, personaje marginal que no aparecía en las colecciones europeas. Su objetivo era presentarlo como un tipo social, además de refutar las versiones europeas en las que se afirmaba que México estaba infestado de bandidos. Es preciso diferenciar el adjetivo bandido en dos sentidos: uno el que se le daba a los funcionarios, políticos y caudillos; “bandidos” engendrados por el “diente venenoso de la calumnia”. En segundo lugar se encontraban los verdaderos bandidos que robaban y mataban, ya fuera por necesidad o por instinto. Hilarión hacía énfasis en las condiciones sociales como caldo de cultivo del bandidaje, su percepción no se limitaba simplemente a enunciar los casos, sino a buscar las causas que los producían.

Del mismo modo, consideraba a “el mendigo”, producto de la sociedad, quien sin necesidad de trabajar lograba obtener recursos monetarios de diversas formas. Este personaje no pensaba en el mañana; exclusivamente se centraba en cubrir sus necesidades materiales de cada día, necesidades que cubría la misma sociedad que lo despreciaba. El queretano presenta a “el billettero” como un personaje que se distinguía de “el mendigo”, porque buscaba su sustento de una manera honorable. Ellos diversificaban sus actividades, es decir, además de billetes vendían periódicos, fósforos, novenas, peines e infinidad de artículos de la pequeña industria.

Otro tipo es “el pilluelo”, marcado con el estigma de la orfandad, en la mayoría de los casos contaba sólo con su madre, quien se dedicaba a cuidar vecindades o a lavar ropa ajena. “El pilluelo” siempre se mostraba “risueño” y “feliz”, no se preocupaba por la pobreza en la que vivía, se conformaba con tener los medios para alimentar “los placeres de la vagancia”. Pese a que carecían de educación, conservaban la honradez y la nobleza. El futuro que le aguardaba a la mayoría era la miseria. Frías menciona que en “el pilluelo” se encontraba el verdadero ente que formaría a la sociedad. Tanto los ricos como los gobernantes pensaban que el sostenimiento

de estos grupos, por medio de la filantropía y la creación de hospicios, era parte de su tarea en el mundo, mas no proponían soluciones para integrarlos al trabajo honesto.²⁶

Los incomprendidos

En este rubro se ubicaban dos personajes disímiles pero con idénticas aspiraciones: “los empleados” y “los estudiantes”. Los primeros tenían la reprobación general por su mala imagen de servidores públicos, comúnmente se les conferían adjetivos como “sanguijuela del erario”, “muérdago del pueblo” o “canónigo de lista civil”. Desempeñaba su trabajo en alguna dependencia de gobierno. Su única satisfacción era el reconocimiento de algún personaje con posición relevante. Dependía de su trabajo, sin éste prácticamente no era nadie. A pesar de ser diferente al anterior tipo, el estudiante compartía con el empleado la ilusión de figurar en la escena pública, para alcanzar una posición social relevante era necesario que venciera la pobreza. Algunas actividades que desempeñaba para alcanzar sus objetivos eran escribir para los periódicos e inmiscuirse en la actividad política. Un rasgo característico entre ellos era la práctica del dragoneo, es decir, hacer ostentación de sus conocimientos entre sus amistades: los médicos recetaban, los abogados dirimían pleitos, etcétera; sus ilusiones desaparecían cuando se convertían en profesores. La sociedad domesticaba al león que terminaba con el alma gastada y el corazón frío.²⁷

Los hombres trabajadores

Así como había sectores de la clase baja que dedicaban su vida a la vagancia y al ocio, también existían los que se comprometían con el trabajo y el servicio a los demás. Uno de ellos era “el aguador”, quien poseía numerosas cualidades: medido, confiable, honrado, pacífico, entre-

gado al trabajo. Sus atributos eran dignos de alabanza, pues carecía de educación, por este motivo desconocía los principios en que se fundaba la moral. La mitad de su vida la dedicaba al trabajo. En cierta forma, el aguador se convertía en el prototipo a seguir para los demás grupos de la sociedad.

En el caso de “el cochero”, Hilarión reconocía que era un tipo distintivo, tenía ciertos rasgos que lo diferenciaban de los demás. La mayoría de las personas dedicadas a esta actividad eran de los sectores bajos de la población de la capital o provenían del interior del país. Su aprendizaje iniciaba desde la niñez: dar de comer a la mula, engancharla y limpiar el carro. Si hacían méritos ascendía a sota, lo que significaba que podía viajar en el exterior y ocuparse del cuidado del carro. Hasta por fin, subir a la categoría de cochero. Existían varias clases, pero más característico era el de sitio. Su carácter era desconfiado, áspero, cínico; no obstante, se le reconocía como un ciudadano pacífico, un buen padre de familia y un trabajador comprometido. Sólo una enfermedad podía separarlo de su actividad diaria. El malestar más común que lo aquejaba era las úlceras en las piernas, producto del continuo roce de la lanza. El cochero en esta condición penaba a causa del dolor y de la miseria, pues no había nadie que le proporcionara recursos para mantenerse, lo cual era un triste final para un hombre comprometido con el trabajo.²⁸ Pese a que carecía de educación, tenía una gran vivacidad natural, producto de los lances y aventuras que vivía día a día.

En el tipo de “el peluquero”, Hilarión en realidad quiso retratar la desaparición del barbero, al cual se consideraba, junto con “el aguador”, como uno de los personajes característicos de la ciudad desde la época colonial. El queretano se dio a la tarea de rescatar la imagen de un tipo que, pensaba, desaparecería en un escaso tiempo. Un hombre trabajador que buscaba ganarse la vida de una manera honesta.²⁹

²⁶ Hilarión Frías y Soto, *Álbum fotográfico*, Tlahuapan, Premia Editora/INBA-SEP-Cultura (La Matraca, segunda serie), 1984, pp. 66-69.

²⁷ *Ibidem*, pp. 50-53.

²⁸ *Ibidem*, pp. 29-38.

²⁹ *Ibidem*, pp. 87-89.

Los literatos

La poesía era un género que fascinaba a don Hilarión y trató de rendir un reconocimiento a quienes se dedicaban a cultivarla. Tanto en *Los mexicanos...*, como en el *Álbum...*, consagró un artículo para hablar de los poetas. Reconocía que la degradación de la poesía generó el tipo de “los poetastros”, caracterizados por grupos de chicos “coquetos”, “sentimentales”, “relamidos”, “jactanciosos” y “recortados”, los cuales creían que podían hacer versos con sólo aleccionarse mediante la lectura de periódicos y de algunas novelas, por lo tanto no entendían de matices poéticos y utilizaban cualquier elemento para construir sus composiciones. “El poetastro” hablaba de todas las materias, ya que no había conocimiento fuera de su alcance. Sin embargo, el estudio y la meditación no bastaban para crear versos.³⁰ En oposición se encontraba “el poeta”, la otra cara de la moneda, quien contaba con mejores recursos literarios para crear una poesía superior. Buscaba “saciar su alma sedienta de victoria”, motivo por el cual utilizaba la prensa y la tribuna como los medios de expresión de su sentir. En un arranque político, el quereetano identificaba a los poetas con el liberalismo y a los poetastros con el conservadurismo.

Los religiosos

Frías y Soto hizo el cuadro del “el cura” y “el sacristán”, dos individuos del ámbito religioso. Existían varios tipos de curas de pueblo: los que sólo querían obtener ganancias sin importarles la feligresía, los “sabios” y los de “misa y olla”. Los primeros eran despreciables, ya que no cumplían con la labor para la que se prepararon; en cambio, se debía dignificar a los de “misa y olla”, puesto que llevaban vida de apóstoles, eran “humildes”, llenos de virtud, abnegación y caridad. Si el cura del pueblo merecía alabanza, no

³⁰ VV.AA., *Los mexicanos pintados por sí mismos: tipos y costumbres nacionales*, México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1989, pp. 119-126.

se podía decir lo mismo del sacristán, quien se adjudicaba papeles que no le pertenecían. El sacristán era el arribista de la iglesia, quien buscaba obtener beneficios por los servicios prestados. Existían varias clases de sacristanes de acuerdo con la situación jerárquica: los de parroquia, los de monjas y los de frailes. Ambos tipos permitieron a Hilarión hacer una reflexión de los contrastes que se vivían en el interior de la Iglesia; mientras unos deseaban cumplir con sus obligaciones, otros sólo pretendían enriquecerse a costa de la fe, por lo tanto, debía denunciarse.

Los tipos femeninos

La principal intención de Hilarión era juzgar con severidad el comportamiento de las mujeres, pues muchos de los tipos se apartaban del ideal mujeril de la época. Los tipos femeninos elaborados por Frías y Soto pueden agruparse en cuatro rubros: las marginales (“La traviata”, “La corredora” y “La vieja”), las trabajadoras (“La lavandera”, “La viuda” y “La costurera”), las presuntuosas (“La actriz”, “La polla” y “La gran señora”) y las religiosas (“La monja” y “La colegiala”).

Las marginales

“La traviata” representaba lo “más brillante”, “más florido” y “más perfumado” de la corrupción social. En la miseria y el hambre era posible encontrar las causas por las que “jóvenes puras y santas” se arrojaban a ese “vil mercado” de las “esclavas del placer”. La sociedad “hipócrita” desdeñaba a este personaje durante el día, mas les abría sus brazos en las noches y permitía que hicieran suyos los jardines, los paseos y las calles. Con el “corazón gastado” y el “alma muerta a todo sentimiento de pasión”, se volvía la “reina de la noche” que imperaba, mandaba, desdeñaba y se burlaba de los hombres, quienes durante el día la censuraban y denigraban. Las que pertenecían a este grupo pasaban por la vida como “flores de festín”, y el matrimonio era la única forma de salir del fango

WISSEN, RAPHAEL Y CIA.
 INVENTORES DE LOS MAYORES
 AVANCES EN SU METODOLOGIA
 GRANDES INNOVACIONES EN DISCOS
 FONOGRAFICOS
 DE LAS HORAS MAS AGOLGADAS
 Catálogo Gratuito

NUEVA ERA

DIARIO INDEPENDIENTE, POLITICO Y DE INFORMACION. PATRIA, VERDAD Y JUSTICIA

Año II. México, Martes 13 de Febrero de 1912. Núm. 198 Vale dos centavos

SATISFACCION COMPLETA O DINERO
 DEVUELTO
CALZADO "MONARC"
 PARA HOMBRES
 \$6.90 por par en el CALZ.
 MANTARON CATALANO
 TAMPAICO NEWS CO.
 Mexico, D. F.

FANTASIA DE LA POLVORA

La labor de España es un labor de dolorosa protesta. España se lucha por alcanzar un ideal de continentalidad y africanidad. España por mantener la integridad de su territorio, se enfrenta al peligro de la invasión de los bárbaros. España se lucha por mantener la integridad de su territorio, se enfrenta al peligro de la invasión de los bárbaros. España se lucha por mantener la integridad de su territorio, se enfrenta al peligro de la invasión de los bárbaros.

... (text continues) ...

SR. TRINIDAD SANCHEZ SANTOS

EL AMARILLISMO DE LA PRENSA

Es inexacto lo aseverado por el periódico clerical

El editorial que dedico usted ayer al señor Madero, amerita una contestación clara y enérgica, que nos aproximamos a dar.

... (text continues) ...

EL AUTOMOVIL DE LA "CRUZ ROJA"

Un auto explorador salió en busca del vehículo

... (text continues) ...

UNA ENTREVISTA CON EL ING. BONILLA

El Ministro de Comunicaciones y la situación actual

... (text continues) ...

EL REPARTO DE TIERRAS COMENZARA MUY PRONTO

YA ESTAN TRABAJANDO LAS COMISIONES DE INGENIEROS EN VARIOS ESTADOS

... (text continues) ...

UN AUTO A TODA PRESION

Dada la urgencia de las cosas que a otros días se veían por la pantalla del cine en la gran pantalla...

social. El segundo tipo era “la corredora” que desempeñaba un doble papel: comerciante de objetos y de amor. Sería digna de mención si sólo se consagrara a esa tarea, sin embargo, buscaba traficar con la honra de las mujeres.³¹ Merecía la reprobación de la sociedad porque atentaba contra la moral. El tercer tipo se refería a “la vieja”; el autor menciona que había tres clases: las virtuosas, las devotas y las mundanas.³²

Las trabajadoras

El caso de “la lavandera”, la describe como una persona que afrontaba sus penurias económicas con estoica actitud, a quien no le importaba pasar la mitad del día en el agua o planchar el resto de la tarde. A diferencia de la lavandera, “la costurera” vivía más desahogada. Ella recurrió al trabajo manual a fin de evitar la miseria, el hambre y la infamia. Su porvenir giraba en torno a su aspecto físico. Así, conquistaban su posición social mediante la coquetería, el artificio y el engaño. Su “triste estado moral” resultaba de una deficiente educación religiosa, motivo por el cual desconocían los principios de virtud.

Las presuntuosas

Hilarión Frías incluyó el retrato de la “gran señora”, mujer de clase alta, personaje que “carecía de costumbres nacionales”, o bien imitaba las extranjeras, y estaba condenada a una vida tediosa en su palacio, “santuario del lujo y de la indolencia”. La gran señora buscaba copiar las modas europeas. Sus vestidos “escandalosos” y “provocativos” se ceñían en su cuerpo y dibujaban unas formas que “debían ocultarse”. No le importaban los problemas sociales, sólo quería mantener sus privilegios.³³

El tipo de “la actriz” exhibía a la mujer de clase media o baja que deseaba sobresalir y trataba de escapar de la miseria. Ser artista se volvía su más grande ideal. Pese a que no tuvo

educación artística formal, su vocación inflexible la llevó al escenario, donde logró pequeños triunfos. El matrimonio era la única forma que la salvaría del hambre. En “la polla”, el queretano describía a la niña que transitaba a la juventud. Esperaba convertirse en mujer con el objetivo de ganar un lugar en el mercado de la sociedad. En estos tres tipos, Hilarión mostraba una faceta crítica en contra de las féminas que apelaban a lo físico para destacar socialmente. Es interesante que los personajes mencionados pertenezcan a etapas distintas de la vida: la polla apenas florecía, la actriz estaba en su juventud y la gran señora en la madurez.

Las religiosas

Frías y Soto expone en el cuadro de “la monja”, la figura femenina que padecía la más cruenta violencia. Los conventos habían sido creados por hombres de una “fe ciega” que deseaban fomentar la adoración perpetua; y con el fin de servir como “jaulas inviolables” de la realeza, ya que se necesitaba encerrar las ramas femeninas que trajeran adulteraciones o divergencias en las dinastías. También servían de refugio a quienes sufrían por amor o habían cometido una falta que requería de expiación. Al entrar en el “presidio religioso”, la vida de las monjas se volvía monótona y sujeta a reglas.

En el tipo de “la colegiala”, Hilarión analiza la educación impartida en las escuelas de niñas, donde se fomentaba el fanatismo religioso. Se les sometía a un trabajo “continuo y fatigante” para evitar que recordaran los “éxtasis vagos y dulces” del mundo. Al igual que en muchos retratos, Frías sostuvo una posición ambivalente con los personajes descritos, puesto que reconocía los atributos religiosos de las monjas, pero las consideraba “inservibles” a la sociedad. En cuanto a las colegialas, señalaba que era pertinente educarlas en una moral inflexible, sin embargo, aseveraba que los mismos colegios fomentaban los vicios a eliminar. Los dos tipos descritos muestran el acendrado moralismo del autor y su actitud misógina.

³¹ *Ibidem*, pp. 31-33.

³² *Ibidem*, pp. 40-42.

³³ *Ibidem*, pp. 38-39.

Crítica literaria

Hilarión Frías y Soto se quejaba de la falta de una literatura cien por ciento nacional, y de un pueblo analfabeta que se complacía con leer novelas realistas o libelos inmorales.³⁴ Motivo por el cual Frías incursionaría en la crítica literaria, lo cual surgió a partir de la confluencia de dos factores: la necesidad económica y el desaliento por el tipo de literatura de finales del XIX.

En las páginas de *El Siglo XIX*, el queretano publicaría una serie de artículos sobre diversos literatos del pasado, del presente y los que denominaba “olvidados”. Su intención era rendir culto a quienes trataron de legar una literatura de tinte nacional (los del pasado). Consagrarles “frases afectuosas de estímulo y aliento” a los que nadie conocía (los olvidados), y estimular a los nuevos talentos que le inyectaban vitalidad. La razón principal de Frías al elaborar ese recuento respondía a su deseo de presentar los problemas que aquejaban a las letras mexicanas; la adhesión a modelos extranjeros, principalmente a los franceses, y la falta de producción de obras representativas. Las creaciones literarias debían simbolizar una época, retratar a un pueblo y transmitir un periodo histórico a las futuras generaciones.

Su crítica estaba fundada en los postulados que había propuesto la escuela nacionalista encabezada por Altamirano; en ellos se apelaba a la necesidad de seguir un método propio y crear obras significativas en las que se incluyeran tipos nacionales.³⁵ Las críticas de Hilarión fueron bien recibidas por algunos literatos: en *La Aspiración Nacional* se publicó un artículo en donde se menciona que la labor del médico era loable.

En sus artículos de crítica, lo mismo analizaba libros de viajes, poesía, obras teatrales y la producción de escritores del pasado como de las nuevas figuras. Para él, la causa del estancamiento de la literatura mexicana residía en tratar de ser una copia de las corrientes francesas y en específico, del decadentismo que algunos

escritores asimilaban como la escuela poética de finales de siglo. De esta manera, no titubeaba al afirmar que el decadentismo era un “desequilibrio cerebral” que había proscrito a la retórica clásica de la poesía; por este motivo, sus practicantes podían considerarse como los “ídólatras del espejo en la frase, de la palabra relumbrosa y de las alteraciones bizantinas”. Los decadentistas desgarraron el idioma poético: sus versos no sólo carecían de ideas, medidas e inspiración, sino que introducían “disparates”, “vulgaridades” e “imágenes absurdas”, tal como se observa en las producciones parisinas que se concebían “extravagantes lucubraciones” sin sentido e ideas.

Frías y Soto, en su papel de crítico, calificaba de inútil juzgar a los literatos por la estructura o por los recursos literarios utilizados. Esta apreciación del arte resultaba “insensata”, pues el “verdadero” no debía analizarse científicamente. Para entender la grandeza de un poeta se necesitaba escudriñar las “turgentes formas” de su psique, y así, conocer sus ideales, creencias, ambiciones y la profundidad de sus sentimientos.

Aunque Hilarión Frías no se destacó por sus críticas literarias, éstas reflejaban su concepción sobre la literatura; sus valores estéticos, neoclasicistas, contrarios a su ideario político liberal. Los textos críticos de Frías carecían de fundamentos teóricos y quedaban en simples comentarios estériles y subjetivos; enfatizando rasgos superfluos más que hacer un análisis de la obra en sí. Caía en lo que muchas veces juzgaba: el elogio fácil, la falta de profundidad en los comentarios. Un ejemplo claro es su “crítica” del libro de Luis Malanco, *Un viaje a Oriente*, donde comenta que el autor era un hombre talentoso con gran inteligencia en su escritura, calificándolo como una de las mejores producciones de la literatura mexicana.

Frías y Soto nunca se percató que las nuevas corrientes literarias planteaban formas transgresoras, que rompían con los cánones de la época; renovadoras en la estructura y el lenguaje. Una de esas tendencias era el decadentismo, como él llamaba al modernismo, manifestación artística que proyectaba la psique y los senti-

³⁴ *El Pacto Federal*, 15 de marzo de 1885.

³⁵ *El Siglo XIX*, 10 de noviembre de 1894.

mientos más profundos del ser humano. Elementos que, desde el punto de vista de nuestro autor, debían plasmar los escritores en sus obras, para que la enseñanza moral trascendiera. Pertrechado en un ultranacionalismo, Hilarión no concebía que la literatura mexicana se contaminara con modelos extranjeros.

La crítica social en las novelas de Hilarión Frías

Hilarión Frías y Soto reconoció no ser un literato excelso; la literatura para él era una actividad complementaria de sus funciones como político. Su producción, en particular la novelística, está permeada por sus ideas políticas y morales; es un testimonio de las inquietudes de un hombre que trató de reformar a la sociedad a través de las letras. Siempre buscaba que sus creaciones tuvieran una intención didáctica.

Este apartado se divide en cuatro partes: en la primera se analiza la novela *Vulcano*; en la segunda se examina *La colegiala*; en la tercera se estudia *La tabaquera del anticuario*; y en la cuarta se reflexiona sobre *El hijo del Estado*.

La primera novela: Vulcano

La novela *Vulcano* aparece en las páginas de *La Orquesta*, entre el 2 de abril y el 3 de mayo de 1861, obra con un alto contenido de crítica social. Frías formaba parte del grupo de escritores que veían en la escritura un medio de análisis social, evidenciando los problemas morales que se arrastraban. Por lo tanto, pondría en práctica esta propuesta en sus novelas, las cuales tenían la particularidad de denunciar el relajamiento de la ética social. Su principal intención era lograr la moralización de las clases bajas y, específicamente, de las mujeres, razón por la cual sus principales protagonistas son ellas, quienes se convertían en las generadoras de los males de la sociedad.³⁶

³⁶ Roger Picard, *El romanticismo social*, México, FCE, 1947, p. 164; Jorge Ruedas de la Serna, “Por los caminos

En su opinión, el “deber ser” femenino se ligaba a un comportamiento recatado, virtuoso y apegado a los valores familiares. Pero existían mujeres que rompían con esta imagen idealizada y fracturaban la estabilidad social.³⁷

Frías y Soto hace un marcado contraste entre los personajes de la novela; los masculinos (¿?) son juguetes del destino y de las decisiones de la protagonista (Julia). Su enamoramiento no les permite comprender la “maldad” innata de una mujer que únicamente buscaba su beneficio personal.

En la figura de la joven protagonista, Hilarión intenta plasmar las características propias de las mujeres: precocidad de instinto, rapidez de concepto, excelso arte de agradar y de mentir, frialdad, indiferencia y falta de afecto. Ella, como las demás, podían sacrificar

de la retórica. El tránsito del siglo XVIII al XIX”, en Jorge Ruedas de la Serna *et al.*, *Tradición retórica en la poética y en la historia*, *op. cit.*, 2004, pp. 27, 66; Cristina Barros y Arturo Souto, *Siglo XIX: romanticismo...*, *op. cit.*, p. 82. Picard menciona que los escritores del XIX mostraban una sed insaciable de enseñanza social, al grado de que en las novelas históricas y los relatos fantásticos aparecía la tesis social. Balzac consideraba que el escritor era un “maestro” de los hombres.

³⁷ John Brushwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, FCE (Breviarios), 1973, pp. 222-224, del mismo autor *La barbarie elegante. Ensayos...*, *op. cit.*, pp. 16-17, 21, 23 y 26, y *The Romantic novel in Mexico*, *op. cit.*, p. 17; Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas...*, *op. cit.*, pp. 162 y 170; Víctor Díaz Arciniega, *Historia...*, *op. cit.*, pp. 152, 22-23; Leticia Algaba Martínez, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-Azcapotzalco (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, serie Literatura), 1997, pp. 63-64 y 126; Arqueles Vela, *Fundamentos de la literatura*, *op. cit.*, pp. 88-90; Emmanuel Carballo, *Reflexiones sobre literatura...*, *op. cit.*, p. 16; Arturo Fernando Jasso, “La crítica literaria en México: de José Gómez de la Cortina a José Luis Martínez”, tesis doctoral, University of Missouri, 1970, pp. 41 y 46; S.M. Schreiber, *Introducción a la crítica literaria*, Barcelona, Labor, 1971, pp. 134, 148-149; Antonio Alatorre, *Ensayos sobre crítica literaria*, México, Conaculta (Lecturas mexicanas), 2001, p. 40. La novela realista española fue criticada debido a que se decía que pintaba vicios y miserias morales, pero no ofrecía elementos literarios bellos. Las novelas sociales que ofrecían lecciones morales o políticas se consideraban arte utilitario. Por su parte, Altamirano consideraba que como la novela era el libro de las “masas” debía tener influencia en su educación.

LA MANIFESTACION REELECCIONISTA



Un aspecto de la Avenida Juárez durante la manifestación del día 2

FOT. SEM. ILLUS.

la “virgen pureza de su cuerpo y corazón” con el propósito de conseguir sus fines. La muerte de la pecadora y del fruto del pecado significaba la redención de la sociedad.³⁸ De acuerdo con la descripción del queretano, las mujeres causaban los males de los hombres, razón por la cual se les debía educar bajo los parámetros de la moral social. Los hombres eran las víctimas de las intrigas de quienes sólo deseaban satisfacer sus deseos materiales. Por esta razón el dinero no provocaba la inmoralidad, sino las féminas que anhelaban poseer bienes y que no se detenían ante nada para tenerlos. Algo que quiso enfatizar Frías y Soto fue que la maldad se encontraba en los individuos, no en el dinero. Esto se observa en la transformación de la protagonista, quien representa los cambios de la sociedad, y expone como la búsqueda de la riqueza vence a los nobles sentimientos.

Hilarión lanzaba una advertencia: no sólo había que poner más énfasis en el comportamiento de las mujeres, sino también recordar que los hombres estaban propensos a pecar. La moral social tenía la obligación de no descuidar a ninguno de los dos grupos si se quería mantener estabilidad social.

La Colegiala

Desde las páginas de *El Diario del Hogar* (1880), Hilarión lanzó numerosos ataques contra diversas instituciones que, en su opinión, tenían un mal funcionamiento a consecuencia, en la mayoría de las ocasiones, de las malas decisiones tomadas por el Ayuntamiento o el gobierno federal. Las denuncias eran insertadas en la trama de las novela de folletín, pues el uso de la ficción fue una táctica utilizada por los literatos para decir verdades que, de otra manera, no se

expresarían, y salvarlos de cualquier tipo de represalias.

La segunda novela del queretano, *La Colegiala*, se publicó en cuatro entregas que aparecieron entre el 11 de julio y el 1 de agosto de 1882. La obra se divide en dos partes: en la primera se recrimina la política educativa del Colegio de la Paz o de las Vizcaínas; mientras que en la segunda, se alaban las acciones del Hospital de San Salvador. Si bien, el motivo central de la primera parte era la crítica del Colegio, también existe una somera reflexión sobre los malos matrimonios; este argumento sin duda buscaba enfatizar la propuesta del médico sobre el divorcio. Aunque se trata de asuntos distintos, Frías decidió unirlos en una trama narrativa.

Los orígenes de *La Colegiala* se pueden situar en un artículo que Hilarión escribió sobre el Colegio de la Paz, Frías era un “notable escritor” de “pluma galana”, que asumió la tarea de escribir una novela con la virtud de denunciar lo que pasaba en el Colegio de las Vizcaínas, lugar que debía estar bajo el más estricto escrutinio de los padres, pues era “una de las esperanzas del porvenir”. En su novela denuncia la pobre instrucción académica. El Colegio de las Vizcaínas era el plantel de mayor importancia para la educación de la mujer, que sufría los defectos propios de una “educación antigua”, motivo por el que su reglamento y plan de estudios no llenaban las exigencias de la época. El novelista estaba convencido de que la mala educación y la falta de disciplina en ese lugar eran consecuencia del desconocimiento de las autoridades del Colegio sobre la educación de la mujer, esto provocaba el decaimiento moral.

El principal problema que enfrentaba el Colegio era el educativo. El médico consideró absurdo el plan de estudios; decía que seguía el mismo “método abigarrado” que el de todas las escuelas nacionales; pues se ofrecían muchas materias que carecían de conexión entre ellas y no contribuían al verdadero aprendizaje; éste debía ser racional y progresivo. El desinterés de las alumnas por las materias científicas llevó a las autoridades escolares a

³⁸ Françoise Carnier, “Estereotipos femeninos en el siglo XIX”, en Carmen Ramos (coord.), *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México (Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer), 2006, p. 103.

poner mayor empeño en que las alumnas aprendieran a tejer o a picar papel, esto es, fomentar las labores, para ayudarles a sobrevivir en el futuro.

Para un liberal exaltado como él, los problemas de la enseñanza o la disciplina educativa pasaban a un segundo término cuando se debían castigar acciones que infringían las leyes de Reforma de manera fragante. Pese a que la educación debía ser laica, se promovían las prácticas religiosas como la práctica de rezos nocturnos, la asistencia a tandas de ejercicios espirituales, a las misas; también, procuraban que se confesaran y comulgaran.

Hilarión utilizó el personaje de “Gracia” en *La Colegiala* con el propósito de introducir el tema de los malos matrimonios, y mostrar la necesidad del divorcio en esos casos. A causa de esta mala unión, la mujer enloqueció. Esto demostraba la necesidad de que se separaran los matrimonios que no funcionaban, pues con ello se evitarían mayores males, motivo por el cual, Frías no dudaba en afirmar que el divorcio era una “ley salvadora” de la sociedad.

Si la primera parte de la obra tenía una trama muy sencilla; la segunda carecía de ésta, pues el eje del relato radicaba en destacar la importancia del Hospital de San Salvador, que se había vuelto modelo en la atención de sus pacientes. Hilarión elogia el buen manejo y el excelente servicio que brindaba a sus internos, contaba con buenas instalaciones, ofrecía un trato digno y tenía la mejor plantilla de médicos; lo presentaba como ejemplo a seguir para las demás instituciones. Las opiniones favorables que hace Frías respecto al Hospital y al personal que laboraban en el mismo, son honestas, ya que, en *El Diario del Hogar* aparecieron opiniones que afirmaban que el literato no se tentaba el corazón para criticar, sobre todo, aquello que consideraba y veía mal.³⁹

³⁹ *El Diario del Hogar*, 20 y 22 de julio de 1882; *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1881. Un ejemplo fue la crítica realizada contra el Hospital de San Hipólito, en donde señalaba que éste se hallaba en malas condiciones, y que además carecía de una división para los enfermos.

La tabaquera del anticuario

La tabaquera... se publicó en cuatro entregas en *El Diario del Hogar*, las cuales, aparecieron entre el 3 y el 15 de agosto de 1882. La novela poseía un doble objetivo: criticar las condiciones en las que se encontraba el Museo Nacional; y ridiculizar a los “sabios”, quienes trataban de interpretar el pasado prehispánico. Con una gran mordacidad, Frías afirmaba que no se necesitaban grandes conocimientos para llegar a ser anticuario, arqueólogo, naturalista, taxidermista o sabio, sino sólo se requería gozar de una gran audacia, y disponer de un “padrinazgo” que le favoreciera en todo momento.

Hilarión denuncia las carencias del Museo, las cuales se reflejaban en la negligencia de las autoridades, que iban desde ser considerado un “disparate arquitectónico” hasta la falta de verdaderos estudiosos e investigadores del pasado prehispánico de nuestra patria. Nuestro autor reconocía que la pobreza del Museo Nacional⁴⁰ era causa de la desatención del gobierno, quien permitía que las riquezas arqueológicas salieran hacia los museos de Francia, Viena y Londres, mientras que a los mexicanos no les quedaba ningún recuerdo de las “razas civilizadas” que poblaron su suelo. Lo anterior revela que Hilarión estaba convencido de la necesidad de defender el patrimonio arqueológico nacional. Es probable que su voz haya sido una de las primeras en levantarse para denunciar el saqueo arqueológico realizado por los extranjeros. Frías detallaba que algunos coleccionistas particulares, poseían objetos más ricos y numerosos en sus hogares que el propio Museo. En su narración Hilarión buscaba enfatizar las carencias que existían en el lugar.

⁴⁰ En el primer número de los *Anales del Museo Nacional de México* (1877) se realizó un breve recuento del origen del Museo Nacional y se menciona que en noviembre de 1822 se estableció en el edificio de la Universidad un conservatorio de antigüedades y un gabinete de historia natural. En 1831 Lucas Alamán decidió la unión de ambos establecimientos para crear el Museo Nacional. En diciembre de 1865, Maximiliano ordenó el traslado a la antigua Casa de Moneda; *ibidem*, pp. 1-2.

A lo largo de la novela Frías y Soto censura la figura del anticuario, ya que éstos no poseían un método para elaborar interpretaciones racionales de las piezas arqueológicas. Ellos consideraban a todas las estelas como representaciones de dioses, razón por la cual, no reflexionaban sobre si las imágenes encarnaban a héroes, símbolos o alguna otra cosa. Además de que revelaban divergencias en la identificación de las figuras, pues se daban casos en que dos anticuarios difirieran en la interpretación de una misma pieza. La crítica de Frías hacia los anticuarios pretendía indicar la pobre sistematización de su práctica. Es evidente que si la arqueología quería ocupar un lugar entre las ciencias, no le convenía basar sus conocimientos en las “arbitrarias claves del jeroglífico”. Sin embargo, el autor no proponía una solución concreta para realizar estudios “científicos” de las antigüedades mexicanas.

El hijo del Estado

Hilarión Frías y Soto publicó, entre el 22 de agosto y el 25 de septiembre de 1882 en las páginas de *El Diario del Hogar*, *El hijo del Estado* novela que tenía como objetivo elaborar una severa crítica de la defectuosa organización de las instituciones de beneficencia y de la falsa filantropía.⁴¹

La novela estaba dedicada al presidente de la república Manuel González. El autor pretendía que ésta permitiera al mandatario poner atención en un asunto que las “medianías” soslayaban; buscaba denunciar la “monstruosidad social” de la caridad, que convertía a los hombres en unos “eternos menores de edad”. Aunque la intención primaria de Hilarión consistía en criticar las condiciones del Hospital de Maternidad e Infancia, donde, desde su perspectiva, se generaban graves males a la sociedad,

⁴¹ *El Diario del Hogar*, 3 de enero de 1885. *El Hijo del Estado* fue publicado en 1884 en edición rústica, cuyo costo fue de un peso. Aunque no se conoce el tiraje, al parecer la edición tuvo éxito, pues a principios de 1885 se decía que estaba próxima a agotarse.

también aparecieron algunas referencias a otros problemas considerados deshonestos, como el de las pensiones que otorgaba el Estado a ciertos sectores sociales.

Es importante destacar que el hospital resultó vital para los sectores marginados, ya que proporcionaba asistencia médica, alimentación e instrucción elemental gratuita durante el tratamiento del paciente, sin embargo, existían situaciones cuestionables. Nuestro autor hace énfasis en los principales problemas del hospital: las pésimas instalaciones que lo albergaba, la insalubridad y la mala administración.⁴² Desde el punto de vista de Hilarión, la mala organización social y los códigos “absurdos” generaron “situaciones anómalas”, desembocaron en la formación de “clases sociales abyectas y corrompidas”, las cuales no buscaban obtener beneficios de su propio esfuerzo sino que éstos se los proporcionara el Estado. Frías reaccionaba contra el “paternalismo” del Estado, quien ocasionó que nadie quisiera asumir sus responsabilidades. El gobierno, al arrogarse la manutención de los niños desamparados, incentivaba la indolencia moral de un pueblo que eludía sus obligaciones sociales.

Las instituciones de beneficencia se convirtieron en un medio para deshacerse de los hijos no deseados, y de aquéllos a quienes no se les podía sostener por causa de la miseria. Hilarión distinguía dos tipos de beneficencias: socorrer a los pobres por medio de clérigos que buscaban

⁴² *La Escuela de Medicina*, 15 de marzo y 1 de abril de 1885. La propuesta de Hilarión no tuvo mayor resonancia, pues se decidió seguir con las reformas del edificio que concluyeron en 1885. Tres años después, en *La Escuela de Medicina* apareció un artículo firmado por Paracelso (Adrián de Garay) que abogaba por mejorar las condiciones de los hospitales de la ciudad de México, ya que exponía que éstos no contaban con edificios adecuados. Desde su perspectiva, correspondía poner especial atención al hospital de dementes para hombres que carecían de lo indispensable para la curación de los pacientes, a diferencia, del que se destinaba para las mujeres, esto mostraba avances, gracias al “empeño” de un director que tenía “notoria competencia científica”. El autor también proponía la separación del Hospital de Maternidad del de Infancia, y que se siguiera otra política en la administración de alimentos y medicinas para los enfermos.

cobrar donativos, y aquellos que ejercían actos filantrópicos con el objetivo de halagar la vanidad. Se trataba de un altruismo “interesado”, ya que sólo perseguía convertir a los asistidos a las prácticas cristianas.⁴³

Con sus novelas Frías y Soto exponía los males de una sociedad, que carecía de educación y de una moral. El literato mantenía la esperanza de que sus juicios tuvieran eco en sus lectores.

En defensa de la patria: Hilarión Frías y su percepción de la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano

En este apartado se abordará la labor historiográfica de Hilarión Frías, la cual se enfocó totalmente en los acontecimientos ocurridos durante la Intervención francesa de 1862 y el Imperio de Maximiliano. Pese a que el objetivo primordial del queretano no era presentar una narración de este periodo de la historia mexicana, sino debatir las obras de algunos escritores, tanto extranjeros como mexicanos, tampoco se puede pasar por alto su propia concepción de la historia y los hechos.

Estas apreciaciones se plasmaron en cuatro escritos con distintos fines: el primero, *México, Francia y Maximiliano. Juicio sobre la Intervención y el Imperio, escrito con objeto de rectificar los errores de la obra intitulada Elevación y caída del emperador Maximiliano escrita por el conde E. de Kératry*, se ocupaba de los primeros años del Imperio, hasta la salida del ejército francés; el segundo, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, se centraba en los últimos momentos de la monarquía, hasta la muerte de Maximiliano, además de buscar la conciliación

⁴³ Gonzalo Capellán de Miguel, *Enciclopedia del pauperismo*, Madrid, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2007, pp. 123-124. Juárez mostraba una visión moderna respecto a la beneficencia. En esos años, en Europa se planteaba que la caridad era un acto individual, mientras que la beneficencia se refería a la sociedad, y además constituía un sistema de instituciones que buscaban proveer a los menesterosos de lo que les hacía falta.

de los grupos políticos mexicanos; el tercero, *México y los Estados Unidos durante la Intervención francesa. Rectificaciones históricas*, trataba de ensalzar el apoyo que, desde su perspectiva, Estados Unidos prestó a México; y el último, *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica refutando con documentos la obra del señor Francisco Bulnes intitulada El Verdadero Juárez*, presentaba una visión idílica de Juárez.

El presente apartado se divide en tres partes: la primera muestra la concepción que Frías tenía acerca de la historia; la segunda expone su interpretación de las causas que generaron la Intervención francesa y el Imperio, y la tercera pone de manifiesto su percepción de los dos personajes centrales de este periodo histórico: Benito Juárez y Maximiliano.

Hilarión Frías afirmaba que no tenía pretensiones de escribir historia, pero su labor como impugnador de textos que agraviaban al Estado mexicano, trascendió para convertirse en uno de los primeros historiadores del periodo.⁴⁴ Actividad que no debía tomarse con ligereza, pues de ella provenían las páginas que conformarían la historia de una nación. Para el queretano, la historia evidentemente se debía contar completa y sin suprimir ningún detalle porque una “historia truncada” no beneficiaba a nadie, debido a que su misión era dejar un “recuerdo de gloria” para “nuestros hijos” y una lección permanente a los pueblos; se necesitaba legar una enseñanza para el futuro. No sólo ha-

⁴⁴ Hilarión Frías y Soto, *México, Francia y Maximiliano. Juicio sobre la Intervención y el Imperio, escrito con objeto de rectificar los errores de la obra intitulada Elevación y caída del emperador Maximiliano escrita por el conde E. de Kératry*, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez a cargo de J. Moreno, 1870, p. 475; *El Siglo XIX*, 4 de noviembre de 1870. El 10 de octubre de 1870, el diputado Antonio Perales dirigió una carta a Hilarión en la que se deshacía en elogios para el médico queretano; pensaba que su obra era “sublime” y “magnífica” en el tratamiento de la parte histórica, política y literaria, además de que nadie lo podía igualar en el retrato de los personajes. El diputado consideraba que el médico poseía un “genio claro”, “robusto”, “inspirado” y “original”. En suma, su trabajo “patriótico” y “útil” lo colmaría de aprecio entre sus conciudadanos.

bía que ilustrar a los contemporáneos, sino también lograr que las siguientes generaciones reflexionaran sobre los hechos. Por esta razón, era necesario cuidar que los testigos y quienes vivían esa época dijeran la verdad; así, se garantizaba que no se falseara el juicio de la historia. Sin embargo, Frías reconoció que el tiempo constituía el mejor medio para estudiar la historia, pues la distancia permitía revelar las “verdaderas grandezas” de los pueblos y las faltas en las que se había incurrido.

Otro aspecto al que se debería poner especial atención era la forma de narrar los acontecimientos; la pasión no representaba una buena guía que alumbrara el camino de la historia. Hilarión afirmaba que el historiador necesitaba tener imparcialidad, “sangre fría”, pues de esta manera se evitaría que los sentimientos influyeran sobre los juicios históricos. El historiador debía procurar que su relato no favoreciera a un determinado bando o personaje; también debía ser capaz de analizar la veracidad de los hechos que le eran contados; no todas las versiones podían considerarse confiables y, por lo mismo, no se les podía dar el rango de autenticidad que se necesitaba para ingresar a la Historia.⁴⁵

La Intervención francesa y el Imperio

La desfavorable etapa por la que pasaba México; conflictos con el clero, la crítica situación económica causada por la guerra de Reforma, forzaron al gobierno de Benito Juárez a suspender el pago de las convenciones extranjeras por un periodo de dos años. Circunstancia que provocó la intervención extranjera (España, Reino Unido y Francia) que tenía como objetivo cobrar las deudas.

⁴⁵ Hilarión Frías y Soto, *México, Francia y Maximiliano. Juicio...*, op. cit., p. 574; de este mismo autor, *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica refutando con documentos la obra del señor Francisco Bulnes intitulada El verdadero Juárez*, México, Imprenta Central, 1905, p. 214, y *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editora Nacional, 1967, pp. 332, 344, 346 y 445.

Frías estaba seguro de que la verdadera causa de Intervención, tanto en el caso de Francia como de España, era derrocar a Juárez y establecer un nuevo gobierno. Por su lado, Inglaterra únicamente tomaba parte en el asunto para cobrar su dinero. Al realizar un balance de las motivaciones que llevaron a esos tres países a unirse en la Convención Tripartita, el queretano concluye que ninguno tenía verdaderas razones para intervenir militarmente en México. Por ejemplo, España se sumó a la empresa por su intención de erigir un trono para Juan de Borbón y con ello, recuperar lo que había perdido. De acuerdo con esto, Frías argumenta que España participó en la Intervención por tres razones: su odio por el México independiente, su deseo de acrecentar sus créditos y su sueño de fundar una monarquía en suelo americano. En lo que se refiere a Inglaterra, Frías indica que se limitaba a pedir el pago de una deuda cuyos orígenes se remontaban a los primeros días del México independiente. En cuanto a Francia, Hilarión afirma que sus quejas se limitaban a dos puntos: las agresiones a sus súbditos y el pago del adeudo. El médico pensaba que sus pretensiones eran “ridículas” y “calumniosas”. Sobre la deuda, Frías asevera que resultaba “insignificante”, pues ascendía a 250 mil pesos, producto de la sumatoria de “supuestos saldos”, pagos a particulares y del crédito Jecker.

Frías y Soto hace énfasis en la batalla de Puebla ganada por el bando mexicano; su deseo era mostrar la trascendencia del triunfo, pues los mexicanos derrotaron a un ejército mucho mayor, tanto en número de integrantes como en recursos de armamento y estratégicos. Con esto buscaba refutar las falsas apreciaciones de Kérraty sobre el 5 de mayo, en las cuales, hacía mención que la retirada de los franceses estuvo cubierta de gloria. No obstante, el médico respaldaba ciertos pasajes del francés sobre la causa de la derrota francesa, ocasionada por dos factores: la imprevisión imperial y la ignorancia de Saligny, quien dirigía casi toda la expedición.

La Intervención logró, tal vez por segunda ocasión desde la Independencia, la unificación

popular en torno a un proyecto nacional: el de los liberales.

El Imperio

La invasión francesa y la ulterior instauración de la monarquía Habsburgo fueron posibles más por factores externos que internos. Algunos conservadores mexicanos radicados en Europa habían iniciado un cabildeo para buscar el apoyo de Napoleón III e instaurar un régimen monárquico. Una vez que se contó con su apoyo, se decidió que el candidato ideal era Maximiliano de Habsburgo. El nuevo Imperio sería apoyado y sostenido por las tropas francesas que ya estaban en suelo mexicano.

A su llegada a Veracruz, el emperador tuvo un recibimiento frío y receloso de la población. Las clases acomodadas eran las más entusiastas, pues creían que conservarían sus privilegios con el nuevo régimen. Sin embargo, Maximiliano se dio cuenta que carecía de respaldo, pues no existía el partido imperialista. Su primera labor sería formar un equipo de trabajo, el archiduque recurrió a los liberales moderados y a los “maximilianistas” a fin de conseguir soporte a su proyecto. Si bien unos cuantos se adhirieron al Imperio por el deseo de obtener dinero, la mayoría le fue leal, a tal grado que olvidaron sus antiguas alianzas y pusieron todo su empeño en consolidar el trono de un hombre que les causaba una gran fascinación por su “irresistible ascendiente”.⁴⁶

El emperador, para sorpresa del grupo que había apoyado su llegada, decidió seguir por el camino de la Reforma. Aunque Frías aclara que no se podía considerar al francés un insigne representante del reformismo porque permitió que el catolicismo se volviera la religión de Es-

⁴⁶ Erika Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, Instituto Mora/El Colegio de México, 2001, pp. 49-50; véase también de esta autora, *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*, México, CIDE/FCE (Herramientas para la historia), 2004, p. 69. Pani menciona que en aras de la conciliación nacional, y con excepción de Iglesias y Sierra, fueron pocos los escritores que se detuvieron a reflexionar sobre la participación de los moderados en el Imperio.

tado, toleró el culto público y dejó subsistir las comunidades religiosas.⁴⁷

Aunque Maximiliano organizó un gabinete liberal, nunca gobernó de manera independiente, motivo por el cual no se podían aceptar las críticas de Europa en las que se indicaba que los partidarios del emperador ocasionaron la desgracia del Imperio. Por ejemplo, Kératry sugería que el bando imperialista mostraba torpeza e ignorancia en materia de administración pública. Otros afirmaban que los imperialistas traicionaron al monarca por el odio que sentían hacia los franceses y por sus compromisos con los juaristas. Hilarión calificó estas opiniones de equivocadas, pues no se debía pasar por alto que Maximiliano era un emperador de nombre, y la administración hacendaria y militar estaba en manos de los franceses, quienes no aceptaron los consejos de los mexicanos.

Las acciones tomadas por el archiduque provocaron que los conservadores, sus aliados, lo despreciaran, fueron lastimados en sus creencias e intereses y vieron defraudadas sus esperanzas políticas. Frías considera que la decadencia del Imperio era consecuencia de la ausencia de una legislación propia, ya que existía una mezcla de leyes conservadoras, liberales y francesas.

⁴⁷ Patricia Galeana, “Prólogo”, en Konrad Ratz, *Querétaro: fin del Segundo Imperio*, México, Conaculta (Cien de México)/Gobierno del Estado de Querétaro, 2005, p. 13, véase también de esta autora, *Las relaciones Iglesia-Estado durante el Segundo Imperio*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Moderna y contemporánea, 23), 1991, pp. 6-7, 46, 54 y 123-158. Galeana considera que Maximiliano ratificó las Leyes de Reforma con el objetivo de controlar a la Iglesia. La política eclesiástica del emperador coincidía en muchos aspectos con el pensamiento juarista y la reforma de 1833. La autora sostiene que el archiduque realizó una mezcla de las reformas de 1833 y 1859, pues no sólo pretendía ejercer el Regio Patronato, sino que también otorgó libertad de culto, ratificó la nacionalización de los bienes y suprimió el pago de las obvenciones parroquiales. Por sus acciones relativas a la política eclesiástica, Galeana pensaba que Maximiliano había realizado una tercera reforma; no se podía afirmar que había engañado a los clericales, ya que escuchó sus ideas y declaró el catolicismo como religión de Estado. Sin embargo, era evidente que no respondió a las expectativas de la Iglesia y de los conservadores.

Para que Maximiliano consolidara su Imperio, necesitaba encontrar una solución a las diversas problemáticas que aquejaban al país: debía buscar la forma de desligarse de los franceses, pues ellos se entrometían en el ramo político, cercenaban los recursos hacendarios, multiplicaban la deuda y dificultaban la formación de un ejército mexicano que sostuviera al Imperio cuando ellos se retiraran.⁴⁸ También tenía que resolver la cuestión religiosa y la penuria del tesoro que no le permitía cubrir los rubros civiles y militares; así como convencer al espíritu público, que no aceptaba la dominación extranjera ni la fórmula monárquica, negociar con el gobierno norteamericano, que podía representar una amenaza de muerte a su administración, y pactar con los defensores de la patria. Era una empresa difícil, sin la más mínima posibilidad de llegar a una realización, por lo que era eminente el fracaso de un gobierno que nunca llegó a ser.

La caída del Imperio de Fernando Maximiliano de Habsburgo es atribuida principalmente a la retirada de las tropas francesas, pero el corte liberal con el que gobernó fue un factor interno que también desempeñó un papel importante. Hilarión consideraba que el triunfo de la República y la caída del Imperio eran ineludibles, pues éste sólo engendró anarquía por su falta de una constitución imperial, lo que provocó a su vez una “autocracia ultrapersonal”, sin cohesión y fuerza administrativa. A ello se suma la “torpe” elección del personal directivo que rodeó al emperador, el cual estaba compuesto de extranjeros “voraces”, “ambiciosos” e

⁴⁸ Samuel Basch, *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano (1866-1867)*, México, Editora Nacional, 1967, p. 18; Émile Kératry, *Elevación y caída del emperador Maximiliano. Intervención francesa en México, 1861-1867*, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez a cargo de J. Moreno, 1870, pp. 67-72, 120-122 y 306. Mientras Basch acusaba a los franceses de haber evitado la formación de un ejército imperial, Kératry mencionaba que ellos hicieron lo posible por organizarlo, y si no lo pudieron lograr se debía a los obstáculos impuestos por los imperialistas, quienes desconocían las leyes de la guerra e impedían a toda costa que el emperador se pudiera comunicar con Bazaine.

“ignorantes”. El principal artífice de la derrota fue el mismo Maximiliano; demostró indolencia, repudio al “trabajo serio y prolongado”, versatilidad en sus ideas y juicios, desprecio a los principios y a la corrupción clerical y administrativa, y una incapacidad total para administrar las rentas públicas y los empréstitos.

El retrato de los personajes: Maximiliano de Habsburgo y Benito Juárez

A lo largo de sus escritos, Frías proporciona interesantes descripciones de los principales protagonistas de la historia. Nuestro escritor sentía una gran admiración por Maximiliano. Siempre que se refería a él lo hacía en los mejores términos; por este motivo, aclaró que sus palabras no representaban una renuncia a sus principios republicanos, sino una forma de homenajear a este personaje. Reconocía que el emperador inspiraba un “irresistible afecto” a quienes lo rodeaban, por lo que era difícil no amarlo. Bajo la pluma de Hilarión, el archiduque adquirió numerosos atributos: nobleza de alma, temple, justeza, rectitud, generosidad, bondad, dulzura, apacibilidad y gran inteligencia. Este hombre ilustrado y progresista sólo deseaba el bien de su nuevo país. El queretano estaba contrariado con los insultos que prodigaban al “desgraciado príncipe”, quien únicamente cometió el error de aceptar una “corona exótica”.⁴⁹

⁴⁹ Erika Pani, *El Segundo Imperio...*, op. cit., pp. 75-76. La fascinación que Hilarión sentía por Maximiliano sería compartida por otros escritores, tal fue el caso de Charles D’Hericault, quien lo presentó como “el más dulce, el más generoso de todos los hombres, el más liberal de todos los príncipes”, o de Kératry, que lo consideró como un caballero indeciso que era el “menos culpable [y] el más desgraciado” de la empresa. En contraste, Eugène Lefevre lo calificaba como un “filibustero de raza imperial”. Erika Pani piensa que la figura del archiduque salió ilesa debido a dos circunstancias: la elocuencia de los que habían “amado al príncipe” y porque, para los europeos, su fusilamiento representó una “catástrofe” que rebasaba los límites de lo posible. Al parecer, morir joven y fusilado lo convirtió en un héroe que desdibujó al “usurpador” y al “gobernante mediocre”.



Hilarión exhibió una posición ambivalente respecto a Juárez: en un primer momento, se mostró crítico respecto a sus acciones, mas reconocía el papel que éste desempeñó durante la guerra, y en un segundo momento, contribuyó a su mitificación. A partir de 1868 Frías mantuvo una actitud combativa hacia el presidente; no estaba de acuerdo con la política que el oaxaqueño siguió. Pese a los ataques, dedicó al Benemérito el texto que refutaba la obra de Kératry. A fin de evitar malas interpretaciones, el médico afirmó que no lo hizo con el afán de adularlo, pues eran conocidas sus opiniones “imparciales” respecto a la administración, las cuales manifestó en la prensa y en la Cámara de Diputados. Él no se inclinaba ante los hombres, sino ante los principios, razón por la que no temía emitir un juicio “severo” de los actos de gobierno de Juárez.

En sus escritos publicados entre 1872 y 1902, el queretano mostró una gran animadversión en contra del Benemérito: no sólo lo acusó de escapar con los fondos públicos, sino también de exigir dinero en todas las poblaciones por las que pasaba cuando huía de los invasores.⁵⁰ Estas opiniones se transformarían sorprendentemente en 1905, año en el que Hilarión se unió al grupo de escritores que buscaron defender a Juárez de los ataques de Francisco Bulnes. En el *Juárez glorificado*, el médico aceptó que había sido uno de los más severos críticos de la administración juarista, mas siempre “reconoció su valer”. Según él, no se podía considerar al presidente un ídolo o un fetiche, sino un “gran hombre” que alcanzó la inmortalidad por los servicios que prestó a la nación. A diferencia de lo que expresó años antes, ahora el escritor sostenía que las leyes de Reforma fueron una

⁵⁰ *La Patria*, 24 de octubre de 1879. Según *La Patria*, Hilarión fue comisionado por el gobierno para continuar las obras del monumento que se levantaría en honor a Juárez en la ciudad de México. No se tiene certeza si la información era correcta, pues en ningún otro periódico de la época se mencionaba este dato. Aunque podría resultar extraño que Frías aceptara dirigir la erección de la estatua que honraba a su “enemigo”, el médico podía haber aceptado por su deseo de figurar en los primeros planos políticos.

de sus grandes creaciones, pues contribuyeron a acabar con los fueros de la “reacción” y de una Iglesia “omnipotente” y “privilegiada” que sólo pretendía terminar con los gobiernos progresistas. Este hecho bastaba para volver “inmortal” su nombre y considerarlo el “símbolo de la libertad”. Juárez contaba con numerosas cualidades: probidad, rectitud, sagacidad, firmeza, seriedad, sencillez, valentía, serenidad e inflexibilidad en el cumplimiento del deber. Representaba el fiel reflejo de la ley; enseñó a los mexicanos a pelear por la libertad y a morir en su defensa. Sin el reformista y destructor de imperios, México no sería nada. Mayores elogios a su persona no se podían emitir, sobre todo de quien durante mucho tiempo se manifestó reacio a su figura.

Las obras historiográficas de Hilarión Frías y Soto buscaron dar cuenta de los acontecimientos de la guerra de Intervención francesa y del Segundo Imperio. Su objetivo era impugnar la opinión de los europeos acerca de México. De esta manera, sus refutaciones no sólo cumplirían un objetivo histórico sino también patriótico. Si asumió el trabajo de “corregir” las versiones “erróneas” de la historia, se debió a que se consideraba un testigo de los hechos. Este aspecto lo diferencia de escritores como Kératry y Basch que, a pesar de conocer bien los hechos, no fueron capaces de entenderlos. De manera implícita, establece una dicotomía entre el testigo observador que se limita a elaborar un recuento de los hechos y el testigo analítico que trata de explicar el acontecimiento.

Conclusiones

Javier Garciadiego sostiene que el estudio de los personajes menores resulta de gran utilidad para la historiografía, pues se puede constatar que ellos fueron actores sociales decisivos en los procesos históricos.⁵¹ Con la presente investigación traté de reconstruir la figura de Hilarión

⁵¹ Javier Garciadiego, *Porfiristas eminentes*, México, Breve Fondo Editorial (Acervo, 15), 1996, pp. 20, 25 y 152.

Frías y Soto, un nombre que a primeras de cambio no nos dice nada, pero al desmenuzar su vida y su legado intelectual encontramos que fue un testigo muy crítico de los procesos históricos de su época. A pesar de no figurar en los primeros planos de la política o de la literatura, el biografiado fue objeto de alabanza y de vilipendio a causa de su particular forma de cuestionar y denunciar situaciones que afectaban al país y la sociedad. Por ejemplo, Alfredo Bablot (*Proteo*) reconocía que Frías tenía una “instrucción sólida y variada”, la cual lo llevó a unir las teorías filosóficas más excéntricas; esta circunstancia se explica por su espíritu “inquieto, desasosegado y turbulento”. Otra opinión a su favor es la de su amigo Juan de Dios Peza, quien lo calificó como un pensador “vigoroso y original”, que entusiasmaba con su “propaganda política o científica” debido a su estilo “elegante” y “severamente juicioso”.

Pero también le criticaban su manera tan particular de hacer sus comentarios, los cuales estaban llenos de mordacidad y virulencia. Liberal intransigente que gustaba de poner los puntos sobre la íes.

Hay varios momentos cruciales que determinaron el rumbo de la existencia de Frías, por ejemplo, su propuesta de una ley de divorcio, que le generaría fama de partidario de las causas radicales. La postura del queretano da cuenta de la manera en que trató de modificar a la sociedad; estaba convencido de que era necesario eliminar aquellas estructuras que detenían el desarrollo de las comunidades. Asimismo se evidencia que sus ideas resultaron avanzadas para su época.⁵²

Liberal, conservador, polémico, provocador y contradictorio son rasgos característicos de la personalidad de don Hilarión Frías; de pen-

samiento liberal pero de moral conservadora, polémico y provocador en sus escritos, su contradicción radicaba en la pugna de sus ideas progresistas con su conservadurismo. En sus textos podemos encontrar varios casos de esta discrepancia. Por ejemplo en su novela *La colegiala* hace una crítica de la educación que recibía la mujer, pero a su vez, hacía notar que ella era la causa de los males de la sociedad. El conservadurismo moral expresado en la obra contrasta con sus opiniones sobre la libertad que debían tener los individuos.

El queretano no legó ninguna obra de trascendencia y los objetivos que perseguía con su escritura eran con fines políticos y pedagógicos.⁵³ Su papel como historiador ha sido poco reconocido por la historiografía; es necesario considerarlo uno de los iniciadores del mito liberal sobre la guerra de Intervención francesa y el Imperio.

Finalmente, este trabajo sobre Hilarión Frías y Soto, el cual se plantea como una biografía, demuestra que sí es posible recrear la vida de los personajes secundarios, de quienes no lograron escalar a las altas esferas políticas e intelectuales, pero cuyo nombre no debe quedar para siempre en las penumbras, pues hasta los hombres más oscuros siempre tienen un relato que contar. En la historia del México decimonónico han existido muchos individuos como el queretano, sólo hace falta que los historiadores fijen su vista en ellos y nos permitan conocer a los personajes secundarios que acompañaron a las grandes personalidades, la materia favorita de las biografías. Tengo la esperanza de que esta investigación haya servido no tanto para glorificar el “rastreo de la memoria” del médico, sino para quitar un poco de los cardos y ortigas que ocultaban su nombre a la historia.

⁵² Robert Gittings, *La naturaleza de..., op. cit.*, 1997, p. 18. Gittings indica que “muchas personas no viven en esencia el tiempo histórico que cubren sus vidas. Es frecuente que vayan tras él o adelante”.

⁵³ *El Diario del Hogar*, 9 de mayo de 1884.